
CAPILLADA 37. DICIEMBRE 14 DE 1837.

FR. GERUNDIO.

*Murmurabant ergo Judæi de illo.....
et murmurabant Pharisæi et scribæ.....
murmurastis in tabernaculis vestris.....*

En fin todo el mundo estaba murmurando
en sus adentros, y con razon.

Lo digo yo y basta.

LA MURMURACION Y LA BANDERA.

El resultado fue que me convidaron los señores oficiales del batallon nacional movilizado para asistir ayer (domingo 10 de diciembre, de consiguiente hoy somos lunes 11 de diciembre) á la bendicion de la bandera en la iglesia catedral. Yo inocente de mí (Fr. Gerundio es el que habla) fui allá como un bobo á las mismas nueve de la mañana, que era la hora anunciada en los bille-

tes de convite. ¿Y cómo fui? sin hábito y sin capilla, sin gorro de dormir, con la simple peluca, y á cuerpo, hecho un secularizado verde, mi fraquecito negro, mi pecherita descubierta, mi guante blanco de castor; en fin arregladito al gusto del día, y compaginado con arreglo á las ordenanzas y estatutos vigentes para el ceremonial de los actos serios. Nadie diría que yo era Fr. Ferundio.... y lo era. Parecía un oficial movilizado vestido de paisano, y era Fr. Gerundio muerto de frío (domingo 10 de diciembre de 1837 á las nueve de la mañana). Así como me pinto á Vds. me interné en la capilla mayor, y me senté, yo Fr. Gerundio, en un banco de terciopelo carmesí. Digo esto, porque no sea que piensen por ahí en los reinos extranjeros que Fr. Gerundio, es decir, que YO soy alguna persona *comun*.

Se empezó la misa, se cantó el evangelio del día, del modo que acostumbran á cantarle los canónigos, que á todos parece que los ha hecho Dios de mala voz, y se anunció un predicador en el púlpito. Ya tienen Vds. á Fr. Gerundio con la cabeza un poquito inclinada hácia el hombro derecho, levantando un poco el oído izquierdo para no perder sílaba del sermón (porque el púlpito estaba á mi izquierda: de consiguiente á la derecha de los que estaban enfrente de mí). Por supuesto creí que la oración sería alusiva á la bandera que..... que ondeaba, no, porque no hacía aire; que estaba desplegada junto al altar mayor.

Pero apenas oí que el tema ó testo era sobre murmuracion, ya empecé á desconfiar; porque murmuracion y bandera no sé yo quién pueda unirlos mas que Fr. Gerundio; y no fue infundada mi desconfianza. ¿Querrán Vds. creer, señores, (hablo con los que tuvieron la fortuna de no oírle; pues los que desgraciadamente se hallaron presentes de sobra que lo creerán) ¿querrán Vds. creer que se llevó el hombre mas de una hora enseñándonos los modos de murmurar y diciéndonos que la murmuracion era mala, sin siquiera ocurrirle preguntar, ¿qué hace allí aquella bandera? Mientras *murmuraba* el sermón, yo conocia que todos estaban murmurando en sus adentros del predicador machaca; no faltaba tampoco quien murmurase en sus afueras; ya se vé; cosa de muchachos; si no se desahogan con quien tienen al lado, son capaces de reventar. Fr. Gerundio muy serio: tiritando de frio, si; y deseando que lo dejára; pero sin hablar con nadie. Solo alguna vez me decia el que tenia detras: «Fr. Gerundio, suba su Pateanidad al púlpito; eche de allí á ese *hombre de la murmuracion*, y diga algo aunque sea de repente alusivo al objeto de la fiesta.» — «Amigo, le respondia, hágase V. cargo que me he venido sin los habitos, y de este traje no seria bien visto presentarme en el púlpito.» Esto dicho, volvía á tiritár y á oír, y cuanto mas oía, mas frio me iba quedando. El predicador, si hemos de juzgar por el calor del discurso, no debia tener menos frio, porque no oí cosa mas

helada: en fin parecía que iba á nevar dentro de la Catedral. Los circunstantes me miraban: y como yo soy hombre que no dejo de entender la significacion de las miradas, les respondia con un gesto que queria decir: pierdan Vds. cuidado, que no se irá el hombre sin capillada.»

En fin, concluyó; porque todas las cosas tienen su término; y yo entonces hice esta exclamacion *intestinal* es decir, *inter me et ipsum so'um*: «¡O bandera! Dios te saque de los combates tan intacta como has salido de la boca de este predicador de la murmuracion! Que no te toquen las balas del enemigo mas que las palabras del que está descendiendo del púlpito!» A todo esto, el frio seguia, y la misa continuó. A poco rato pasaron los acólitos incensando por derecha é izquierda; pero á Fr. Gerundio... Señores, á Fr. Gerundio.... no le dieron incienso; y luego querrán los predicadores que no se murmure!!! Poco despues pasaron otros dando á besar *la paz*: todos la iban besando, pero el baron de Setúbal, brigadier portugués, que formaba el primero en la hilera de la izquierda, no la hizo mas que una grave inclinacion con la cabeza, sin tocarla ni remotamente con los labios como quien dice; «yo soy un *artista* emigrado: yo no quiero *paz* sin *carta*: no he conseguido la *carta*, vaya la *paz* con Dios: la venero, pero no la admito tal como me la dan: los hijos de Setúbal no transigen con una *paz* que cueste una humillacion yo soy todo un portugués.» Los españoles todos

la besaron: estos efectivamente no quieren mas que *paz*. Pero á Fr. Gerundio tampoco se le dió á besar, sin duda porque estaba en segunda fila: mal hecho; porque si la segunda fila no se une á la primera, verán cuándo tenemos paz: pero por otro lado hicieron bien, porque aquella *paz* habia andado por el coro: y Fr. Gerundio, mientras vea que *anda la paz por el coro*, no la besa asi á dos por tres. Sobre todo, era una *paz* de metal, de consiguiente estaria fria como un diablo, y á Fr. Gerundio no le gusta aplicar sus labios á cosas frias.

Llegó finalmente el momento de bendecir la bandera, cuya ceremonia ejecutó el ex-Diputado á Córtes don F. Diez Gonzalez, Chantre de esta santa Iglesia; y acto continuo improvisó un enérgico y animado discurso alusivo al objeto: estuvo oportuno, fogoso y aun ardiente. Si la mision de Fr. Gerundio fuera decir lo bueno, se detendria á analizar su improvisacion: pero como no es sino la de murmurar *con arreglo á la ley*, solo dirá que su alocucion fue como una llamarada que templó en gran parte el frio de la nevada del otro púlpito.

FENÓMENOS.

Dos han llamado la atención de Fr. Gerundio en este mes; uno marino y otro terrestre. El primero consiste en haber desaparecido del mar del Sur la Isla llamada de Juan Fernandez: para nuestros tiempos habia de estar reservado el hundirse y desaparecer las Islas; bien que bastaba que tuviese el nombre de un español para que tal sucediese. Supongo que el tal Juan Fernandez no sería faccioso, porque sinó el día menos pensado le veríamos aparecerse en medio de nosotros como todos los facciosos que se desaparecen.

El otro es ver propuesto por la provincia de Alava para Senador á D. Martin Zurbano; como si en el Senado se fuera á matar facciosos, que es para lo que la naturaleza se esmeró con D. Martin; si los hubiera, eso sí, mas les valia hundirse como la Isla de Juan Fernandez. Yo he sido el primero en elogiar el heróico valor é intrepidez del bravo Zurbano, y le daría, si mias fuesen, en premio de sus hazañas, las Islas Canarias y las Filipinas, y las Baleares, y las Molucas, y las del Cabo verde, y las del azul, y las del encarnado y todas las Islas que no se han hundido: pero querer sacarle de donde coge y mata facciosos

para sentarle en el Senado á dictar leyes, vive Alá que es un fenómeno terrestre de la provincia de Alava, tamaño como el del hundimiento de la Isla de Juan Fernandez en el mar del Sur. Anton Perulero cada cual atiende á su juego.

Lo de la criada de Gijon.

¡Ay Tirabeque! Así quisiera que fueses tú: pero de estos sirvientes hay pocos. La virtud, Tirabeque, cuanto son mas humildes las personas en quienes se halla, brilla mas y merece mas particular recomendacion de tu amo Fr. Gerundio. Un doméstico fiel é incorruptible es una joya que no tiene precio, así como un traidor casero es el peor y mas temible de todos los traidores y de todos los enemigos. Aquí tengo una criada, que merecia seguramente un premio, si las leyes estableciesen premios, como debieran, para la lealtad doméstica!—¿Y la tiene V. ahí, señor?—¡Vaya una pregunta! La tengo aquí en este papel que estoy leyendo.—Háááá.—Por lo demas ¿no te he dicho que es de Gijon? Una muger que por cuatro veces salvó á su amo del puñal de los asesinos! una

muger á quien trataron de ganar, primero con la ficcion y el engaño, despues por dos veces con el oro, y últimamente con el terror amenazando traspasarla con una espada desnuda, sino descubria donde estaba su señor, á quien se buscaba para asesinar! y esta muger siempre leal, siempre incorruptible, siempre impertérrita, desprecia las sugestiones, se mantiene fuerte en el peligro, y salva á su amo! Para mí esto es muy recomendable, Tirabeque, y quisiera que tú imitáras su ejemplo si te vieses en igual caso.—¿Y seria buena moza, señor?—Tanto como eso no me dicen; y á la verdad que la pregunta es algo indiscreta, porque la figura ni realza ni disminuye el mérito de las acciones morales.—Señor, porque si era así de tal cual pasar, podíamos hacer algo.—Pero si sabes que no te puedes casar, miserable, ¿á qué es acordarte de esas cosas?—Señor, el punto quedó indeciso. Pero si V. no lo sabe, no hablemos mas de la materia. Y diga V. señor: ¿se sabe quiénes eran los asesinos?—¿Si vieras cómo me contrista esa pregunta, Tirabeque! Cuando reflexiono que no solo Barcelona, Málaga, y otras ciudades populosas abrigan viles sicarios, que atropellando el asilo doméstico, hollando los fueros domiciliarios, violando las leyes protectoras de la seguridad personal, y conculcando en fin todos los derechos civiles y políticos y todas las garantías sociales, llegan hasta el hogar ó hasta la alcoba en donde descansa el ciudadano pacífico y

honrado, y le clavan el puñal de traicion; sino que el funesto ejemplo de estos crímenes va cundiendo hasta en los pueblos mas morigerados, y acreditados hasta ahora de mas juiciosos y obedientes á la ley, tal como Gijon; me dan tan triste idea de la desmoralizacion de nuestra pobre España, que se me parten las entrañas de dolor, Tirabeque... bien que creo que no eran del pueblo los tales satélites. Lo que quisiera yo era que las autoridades supiesen prevenir con su vigilancia semejantes casos, ó que una vez ocurridos, tuviesen la suficiente entereza para castigarlos con mano fuerte. Y tambien quisiera, sí, que tú supieras imitar á la virtuosa criada, que tanto parece que te va gustando sin conocerla, si vieses á tu amo en igual peligro. — Señor, soy Pelegrin Tirabeque, y está dicho todo. Ademas que yo no creo que haya quien le quiera á V. tan mal. Aqui los que le tienen á V. alguna envidia, que son esos tres ó cuatro botarates que V. me ha dicho, se contentan con enviar anónimos al gobierno, y comunicados á los periódicos de Madrid contra V.; pero se me figura que no hacen caso de ellos. — Mira tú que caso harán, que me los han devuelto, y los tengo ahí en ese baul de la otra alcoba. Un dia puede que me dé gana de insertar alguno en nuestro periódico, y en seguida plantarles una capillada que los quite la gana de meterse á *comunicantes*. ¡Trastuelos!

Ahora trae á ver qué ortografia has puesto. —

Señor, ortografía no he puesto ninguna: ¿á dónde la tenia V.?—A ver con que ortografía has escrito, hombre.—Señor, si no tenia V. aqui mas que dos plumas negras y una blanca; yo escribí con la blanca; ortografía no he visto ninguna: mire V. no la tenga guardada: en fin deje V. miraré si está por aqui caida: ¿qué señas tiene esa ortografía, señor?—Majadero, trae acá eso que has escrito á ver... ¡Jesus, Jesus!!! S. Esteban protomartir me ampare! Todo tengo que corregirlo: aqui ni admiraciones, aqui ni acentuaciones, aqui ni puntos, aqui ni divisiones de diálogo, aqui ni nada de ortografía, hombre!—Señor, si hablar á los legos de ortografía, es hablarles de lo que nunca oyeron.—Ya lo veo, hombre, ya lo veo; vaya por Dios y tras de eso querrás comer mi racion á ademas de la tuya...!

